

Lenin 2122

Lenin 2122

Antonio J. Antón Fernández
Filósofo y traductor

Resumen:

Pese al esfuerzo de numerosas investigaciones, la imagen de Lenin sigue siendo la del revolucionario solitario, el líder de una red elitista de conspiradores profesionales. Su propia vida privada, y su afición al montañismo y las excursiones —actividad que en la literatura está asociada siempre a la soledad del explorador, y al imaginario del romanticismo— pueden servir, paradójicamente, para desmentir esta imagen, y abrir, un poco más aún, lecturas cerradas por el polvo de los años: su concepción del partido, de la revolución, del Estado o del materialismo, han tenido, como es ya casi tradición, nuevas reinterpretaciones en los últimos años.

Palabras clave: montañismo, democracia social, Hegel, Krupskaya, Lenin, revolución.

Abstract

In spite of the amount of research done on the subject, a very specific image of Lenin as an isolated leader of an elitist network of professional conspirators remains still pervasive. His own private life, his interest in climbing and hiking –activities that in literature are linked to the loneliness of the explorer and to the imagery of Romanticism– can be used, paradoxically, to set that image straight and unveil readings long forgotten or distorted, including new interpretations on his views about materialism, revolution, the Party or the State.

Keywords: climbing, social democracy, Hegel, Krupskaya, Lenin, revolution.

En una carta de 1904 a su madre, Lenin describía el resultado de un largo ascenso, de 1200 metros, a una montaña cerca de Ginebra. Llegado a la cima, acompañado por «Nadia y un amigo», observaba «un verdadero mar de niebla, y nubes, a través de las cuales no se veía nada, sólo se dibujaban las montañas».^[1] Pese al esfuerzo de numerosas investigaciones, la imagen de Lenin sigue siendo la del revolucionario solitario, el líder de una red elitista de conspiradores profesionales. Su propia vida privada, y su afición al montañismo y las excursiones —actividad que en la literatura está asociada siempre a la soledad del explorador, y al imaginario del romanticismo— pueden servir para desmentir esta imagen, y abrir, un poco más aún, lecturas cerradas por el polvo de los años: su concepción del partido, de la revolución, del Estado o del materialismo, han tenido, como es ya casi tradición, nuevas reinterpretaciones en los últimos años. En las páginas siguientes revisaremos algunas «postales» de esas excursiones, comenzando por Ginebra.

La revolución contra el prisionero de Chillon

«El trabajo no es como un oso: no huirá para esconderse en el bosque»^[2], esta había sido la poco tranquilizadora frase con la

que Lenin acordaba con Krupskaya en 1904 un cambio de aires y un descanso mental ante las incesantes disputas partidarias. La mejor receta: convertirse en «vagabundos», en «excursionistas» armados apenas con una guía (como resultaría obvio para cualquier viajero de entonces, se trataba de la guía de Baedeker^[3]), algo de queso y huevos. Con sus mochilas abandonarían Ginebra para embarcarse en una larga excursión, hacia Interlaken y Lucerna^[4]. En Lausana, sin embargo, decidieron aligerar aún más sus mochilas, enviando de vuelta a Ginebra parte de sus libros, con la promesa de no discutir más de política^[5].

Vale la pena recalcar esta etapa del viaje. El 3 de julio de 1904, el grupo de «vagabundos» (Nadezhda, Lenin y Mariya Essen) se embarcaban en un barco de vapor, que les llevaría desde Lausana hasta Montreux. Si seguimos las reconstrucciones biográficas que mencionan este episodio con mayor detalle, el plan de este provisional «Lenin apolítico» era visitar el Château de Chillon... «para homenajear a Lord Byron».

1.—Lenin, Carta a M. A. Uliánova, en *Obras Completas*, tomo 41, p. 323. Omito a partir de aquí el nombre «completo», e inexistente, de Lenin, algo así como «V. I.» o similares (respecto al «nombre auténtico» de Lenin, véase el primer capítulo de Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011). Precisamente porque en este artículo se plantean cuestiones relacionadas con la necesidad de revisiones filológicas de las obras de Lenin, no será posible mantener una única edición de referencia.

2.—Nadezhda Krupskaya, *Memories of Lenin*, trad. Edmund Verney, Panther Books, Londres, 1970 p. 98, y con algún cambio, en la *Carta de Krupskaya y Lenin a la madre de Lenin*, 2 de julio 1904 (Lenin, *Collected Works*, vol. 37, p. 362)

3.—Estas guías eran muy comunes para cualquier viajero en Europa, incluidos los exiliados rusos. Habitualmente se cita el título en inglés, idioma en el que se publicó en Leipzig (1903) en la colección *A.W. Baedeker's Reisehandbücher*, esto es: *Switzerland: and the adjacent portions of Italy, Savoy, and Tyrol: handbook for travellers*. Citaremos a partir de esta edición, que probablemente fuera la que manejara Lenin. No obstante, en una carta a su madre del 2 de agosto de 1898, Lenin dice haber recibido (por error) la guía, pero la cita por su título en francés, *Suisse*, además de una monumental historia de la educación pública en Suiza, «en tres volúmenes» (Lenin, *Collected Works*, vol. 37, trad. ing. George H. Hanna, Progress, Moscú, 1967, p. 182). La edición francesa sería *La Suisse et les parties limitrophes de l'Italie, de la Savoie et du Tyrol*, 19ª edición, Leipzig-París, Baedeker-Ollendorff, 1893. Las traducciones serán más (excepto los versos de Byron), a partir de la edición de 1903.

4.—Helen Rappaport, *Conspirator: Lenin in exile*, Basic Books, Nueva York, 2010, p. 108.

5.—Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 144.

No sabemos de lecturas byronianas en la juventud de Volodia, aunque podemos aventurarnos a afirmar que conocía su obra y vida. Los padres de Lenin, profesores y amantes de la literatura, gustaban de la literatura romántica rusa y europea^[6]. Años después de esta excursión, Lenin y Lunacharsky incluirían a Lord Byron en la lista de «héroes de la cultura» que tendrían su propia escultura o monumento en las calles de las grandes ciudades soviéticas^[7]. Pero, sin poder especular mucho más, la prueba más sólida es la propia guía Baedeker, que Lenin y Krupskaya habían «leído cuidadosamente [...] para planear el viaje»^[8].

La guía, como es natural, está llena de pistas para seguir el rastro de Lord Byron: «se puede volver a Ginebra por Cologny, donde puede disfrutarse la encantadora vista del lago y la Villa Diodati, donde Byron escribió Manfred y el Canto III de Childe Harold en 1816» (página 260); «a tres millas de Vevey está el pueblo de Clarens, inmortalizado por Rousseau; puede vislumbrarse también la casa en la que vivió Byron en 1816, en la Rue du Lac, a 100 yardas al oeste[...]» (pág. 270).

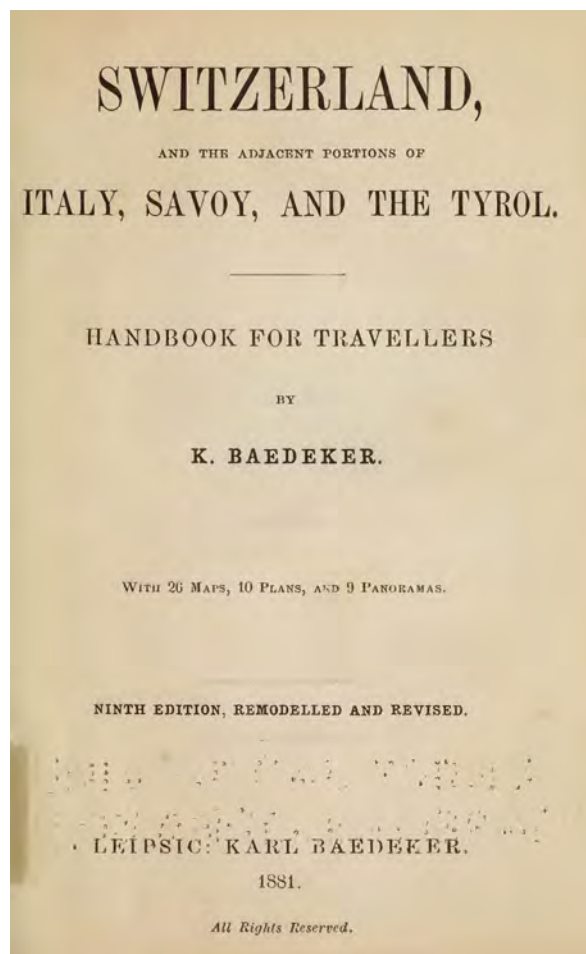
Pero la guía también incluye pasajes más detallados (pág. 245):

«[En Avenches se encuentran] los restos de un anfiteatro y otras construcciones, y de la vieja muralla, que dan muestra de su

6.–«Maria Alexandrovna disfrutaba especialmente del poeta romántico Lermontov», a lo que Service añade: «que escribía al modo de Byron» (Robert Service, *Lenin: a biography*, Belknap Press - Harvard University Press, 2000, p. 41).

7.–Aparte de personajes obvios (Chernyshevsky, Luxemburg, Herzen o Marx), la lista incluía entre otros a Chopin, Cézanne, Voltaire o Rublev (el pintor medieval al que dedicaría una película en 1966 el director soviético Andrei Tarkovsky). Véase Bowlt, John E., «Russian Sculpture and Lenin's Plan for Monumental Propaganda», en H. Millon, y L. Nochlin (eds.), *Art and Architecture in the Service of Politics*, Cambridge, Massachusetts, 1978, pp. 182-193..

8.–Carta de Krupskaya y Lenin a la madre de Lenin, 2 de julio 1904 (Lenin, *Collected Works*, vol. 37, p. 362).



Portada de la guía Baedeker (archive.org).

antigua prosperidad. El castillo medieval, en la entrada del pueblo, ocupa el lugar del capitolio romano. Al noroeste se alza una solitaria columna corintia, el resto de un templo de Apolo, llamado ahora Le Cigognier ... El Museo (el custodio vive cerca de la iglesia —cobra poco) contiene mosaicos, inscripciones y otras reliquias recientemente encontradas aquí; en su jardín está el mencionado anfiteatro. En su Childe Harold (iii, 65) Lord Byron alude al Cigognier:

*By a lone wall a lonelier column rears
A grey and grief worn aspect of old days».*

Volvamos a Chillon. Al bajarse del barco, antes de encaminarse hacia el castillo y mientras exploraban Montreux, los excursionistas pudieron haber repasado la guía

una vez más, en sus páginas 274 y 275, y sorprenderse ante la repentina irrupción poética e historiográfica en medio de la prosaica prosa viajera:

«Con sus enormes muros y torres, a tres cuartos de milla del embarcadero y un cuarto de la estación de Veytaux-Chillon, se alza sobre una roca aislada a 22 yardas de la orilla, con la que se conecta por medio de un puente. Sobre la entrada (abierta diariamente de ocho a seis o siete —50 c. la entrada, y gratis los domingos por la tarde; cerrada de 12 a 1:30) se puede observar el escudo del Canton de Vaud. El interior se ha restaurado completamente y ligeramente alterado, y se utiliza como museo histórico y almacén de archivos.

*Chillon ! thy prison is a holy place,
And thy sad floor an altar, —for 'twas trod,
Until his very steps have left a trace,
Worn, as if the cold pavement were a sod,
By Bonivard!— may none those marks efface,
For they appeal from tyranny to God.*

El poeta citado ha proyectado sobre este lugar gran interés, pero sería un error identificar a Bonivard, víctima de la tiranía del Duque de Saboya y confinado por él en estos lúgubres calabozos durante seis años, con el «Prisionero de Chillon» de Byron (compuesta en su estancia en Ouchy en 1817). El autor llama a su poema una fábula, y cuando la compuso no conocía la historia de Bonivard, en cuyo caso, como él mismo afirma, habría intentado dignificar el tema intentando celebrar su coraje y virtud. Francis Bonivard nació en 1496. Era el hijo de Louis Bonivard, Lord of Dune, y a la edad de dieciséis años heredó de su tío el rico priorato de San Víctor, cerca de los muros de Ginebra. Tras el ataque a la República de Ginebra por parte del Duque de Saboya, Bonivard adoptó con fervor su causa, y así se

ganó gran hostilidad del Duque, hostilidad que le valió ser apresado y encarcelado en el castillo de Grolée, donde permaneció dos años. Al recuperar la libertad volvió a su priorato, pero en 1528 de nuevo volvía a las armas contra aquellos que se habían hecho con sus ingresos eclesiásticos. La ciudad de Ginebra le suministró municiones [...] pero en 1530 cayó en manos de su viejo enemigo, el Duque, que le confinó a la prisión del castillo de Chillon. En 1536 fue liberado por las fuerzas de Berna y Ginebra [...]».

El lugar estaba, sin duda, lleno de encanto, artístico, literario... y revolucionario. Pero el héroe byroniano (ya sea el del poema o su contraparte histórica) no puede servir al historiador actual como metáfora para describir al Lenin histórico. O al menos, ya no. Frente a lo que los historiadores recientes han llamado el «Lenin de manual», en los últimos años ha ido (re)surgiendo un nuevo Lenin, con más matices, menos monolítico, menos «geométrico». Así, la pareja de excursionistas de 1904 —y toda su carrera posterior— representan la antítesis del héroe solitario, del líder aislado que dirige a una masa indistinta de hombres, listos para seguir sus órdenes, pero incapaces de desarrollar una acción y una estrategia (o una heroicidad) propias.

Quizás por eso el Lenin que se acerca a Byron sea un Lenin «apolítico»: un revolucionario... de vacaciones. Y debe estar de vacaciones precisamente porque esa concepción, la del prisionero de Chillon, nunca fue la de Lenin, aunque se le acusara más de una vez de «romántico». Curiosamente uno de esos críticos, Alexander Potresov, había dicho de *¿Qué hacer?* —escrito dos años antes de la excursión a Montreux— que muchas de sus páginas eran «auténtica poesía»^[9]. Pero

9.—Cit. en Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered: What is to be Done? In context*, Haymarket Books, Chicago, 2008, p. 387.

ahora las críticas señalaban un supuesto pesimismo y desconfianza respecto a las masas por parte de Lenin, y acusaban a sus textos de ser expresión de un exacerbado «romanticismo» y un «ciego optimismo» en los militantes clandestinos (*praktiki*) del partido. Para ellos, por otro lado, Lenin se había convertido en un héroe. No al que seguir, sino al que imitar^[10].

Esta y otras confusiones, de las que sólo recientemente empezamos a salir, se deben a otra diferencia entre Byron y Lenin. Ambos viajeros: pero el primero era un aventurero de destino marcado, alguien que elegía su combate y viajaba directamente hacia él. Lenin, sin embargo, no practicaba el senderismo por casualidad: fue ese tipo de viajero dispuesto a perderse entre los meandros menos conocidos, encontrar y vencer los senderos más tortuosos, ascender las cuestas menos accesibles. Pero sobre todo, un viajero que necesitó siempre de compañía.

No es de extrañar que el Marx que más le interesara no fuera tanto el Marx filósofo, ni aquel más dependiente de la oportunidad política abierta por los movimientos de la economía, o el más confiado en el desborde inevitable de la historia^[11]. El Marx al que Lenin acudiría más a menudo es el más cercano (y por tanto en mayor y más áspera polémica) con Lassalle, Blanqui o Bakunin. El primero con mayor prioridad: porque será Lassalle, el teórico del «cuarto estado», el que inspire el primer mandamiento práctico para todo social demócrata revolucionario: una organización política independiente para el proletariado^[12]. Esta organización —decía Pavel Akselrod a finales de la década de 1890— debe ser «hege-

mónica»; poco después será Plejanov quien dé contenido estratégico a esta noción: conquistar la hegemonía entre las fuerzas que están en el ámbito de influencia del partido. Será Lenin (junto a Kamenev y Zinoviev) quienes desarrollarán la estrategia de la hegemonía^[13], al respecto del partido revolucionario del proletariado, y también respecto a la dictadura del proletariado tras la victoria «final».

Lassalle, y por encima de todo Kautsky, son quienes dan el primer impulso a un proyecto que se mantendría con bastante continuidad durante casi toda la vida de Lenin, pese a lo que nos hicieron creer los «manuales»: el proyecto de un «erfurtianismo revolucionario»^[14]. A saber: «idea básica de Marx: la conquista del poder político por el proletariado», o dicho de otro modo, la «fusión del socialismo y el movimiento de los trabajadores»^[15]. La toma del poder debía

13.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 110.

14.—Es una de las tesis fuertes —y provocadoras— de Lih, op. cit.: «Creo que Lenin conservó la misma concepción erfurtiana, desde la década de 1890, y al menos hasta 1917» (p. 117). Resumo los puntos principales del «erfurtianismo» de Kautsky-Lenin según Lih: reconocimiento de tres fuentes de *autoridad* (el partido, el programa, los escritos de Kautsky); *fórmula de la fusión* del socialismo y el movimiento de trabajadores; «la *buena nueva*», i.e., la Social Democracia (después Partido Comunista) como garantía y a la vez centro difusor de la confianza en la misión histórica de los trabajadores, según el modelo de esferas de conciencia (de Kautsky, ver infra) y la confianza en que los trabajadores responderán a ese llamado; el *modelo de partido*, de clase, independiente, en pos del socialismo, centralizado y disciplinado, tan democrático como sea posible, con militantes especializados y «funcionarios» propios; *libertad política*, esto es: sin libertad política no es posible alcanzar los objetivos, y por tanto debe derroscarse al zarismo; *liderazgo popular*, esto es, ser un partido de toda la masa trabajadora; la *hegemonía* del partido, i.e., que los trabajadores organizados sean los líderes naturales en la lucha nacional por la libertad política; y finalmente, *el internacionalismo*, como punto irrenunciable... o al menos así lo debía ser para los erfurtianos revolucionarios, que a partir de 1914 serían los leninistas, los «comunistas».

15.—Nótese mi (apresurada) traducción de «worker [sic]

10.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 29.

11.—Lars T. Lih, *ibid.*, asigna cada uno de estos «Marx» a cada uno de los tres historiadores —en su opinión— más representativos de la «marxología» moderna. Es decir, respectivamente: Kolakowski, Eley, Hobsbawm.

12.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 56-57 y ss.

lograrse desde el movimiento obrero, en su expresión política autónoma, pero también desde la lucha de las libertades políticas, en alianza o hegemonía sobre los agentes pertinentes para ello en cada coyuntura histórica; la oposición al absolutismo zarista era tanto el papel principal destinado al movimiento radical de los trabajadores, como un paso necesario en la construcción de la hegemonía de los socialistas.

Hegemonía, por resumir, significaba para Lenin dos cosas diferentes pero complementarias: el liderazgo de los trabajadores socialistas en la lucha global contra la autocracia zarista, y por tanto el trabajo del partido por ser referente en la lucha por las libertades políticas; y por otro, al estilo clásico kautskiano, la ampliación de la capacidad del partido, como vanguardia de los trabajadores, para influir e impulsar la organización de los trabajadores. Esto es, su crecimiento dentro de las esferas sociales que corresponden a los diferentes grados de reconocimiento del papel que un colectivo desarrolla dentro del capitalismo, y de su misión histórica: dentro de las clases trabajadoras, el proletariado; dentro del proletariado, el proletariado «combatiente»; dentro de este, el movimiento de los trabajadores, y en el centro de este último, la Social Democracia. Conforme el partido revolucionario de los trabajadores va cumpliendo sus tareas históricas, los «anillos» exteriores al centro se irán estrechando, a medida que queden menos miembros del proletariado y las clases trabajadoras que

movement»: es uno de los sutiles hallazgos filológicos de Lih, que daría para varias tesis doctorales. Respecto a la cita sobre la fusión [merger], v. Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 53 y ss., y p. 120: «La Social Democracia, como afirma Kautsky con total acierto, es la fusión del movimiento de los trabajadores y el socialismo». Aparte de su monumental *Lenin Rediscovered*, Lih ha escrito toda una biografía política de Lenin siguiendo este hilo más o menos «kautskiano», o mejor, del Kautsky-leninista: *Lenin*, (colección *Critical Lives*) en Reaktion Books, Londres, 2011.

no compartan y participen de la lucha de la Social Democracia^[16].

El protagonista último, el héroe que desde la base soporta todo el peso de la tarea histórica, es el *praktik*, aquel que por su determinación, y al que con la «satisfacción de sus necesidades intelectuales» el partido ha ayudado a que se convierta en «intelligentsia obrera»^[17]. El *praktik* es aquel «que, a nivel racional y emotivo, es el militante-y-conspirador, el trabajador o trabajadora útil, resuelto, con capacidad de intervención efectiva, consciente de su misión histórica, y con conciencia de clase»: esta frase entrecomillada es algo que en el contexto de Lenin era «tan» sencillo, y que tanta confusión nos ha traído durante decenios, como decir que el héroe colectivo al que apelaba Lenin era el *soznatel'nyi rabochii* dotado de la justa *soznanie*...^[18]. En

16.—Esta reconstrucción tiene una exposición clara en Karl Kautsky, *Das Erfurter Programm*, Dietz Verlag, Berlín, 1965 (1892), p. 216-217, cit. en Lih, *Lenin Rediscovered*, pp. 76. En las páginas siguientes Lih perfila lo que llama la «teoría de los círculos de conciencia [awareness]» de Kautsky, a la que Lenin quedaría adscrito, al menos en gran parte (su mayor distancia, Hegel-Marx mediante, sería respecto al concepto favorito de Kautsky, «Naturnotwendigkeit»: *necesidad natural*).

17.—Los dos entre comillados aparecen en la «nueva traducción» de Lih de este artículo: compárese con la traducción castellana (o inglesa), donde se habla de «obreros ... con suficiente conciencia», y *desaparece* la expresión en la que se habla de sus «necesidades intelectuales» (que se interpretaría en el sentido de «hambre» intelectual, y no de «carencia»), en Lenin, «Sobre las huelgas» (1899), en *Obras Completas*, tomo IV, Akal, Madrid, 1975, p. 325. Así traduce Lih del ruso: «*In Russia this 'worker intelligentsia' already exists, and we must make every effort to ensure that their ranks are continually broadened, that their high intellectual needs are fully met, that out of their ranks come the leader I guides of the Russian Social-Democratic Worker Party...*» (Lih, *Lenin Rediscovered*, op. cit., p. 345).

18.—Por lo visto, el error, entre otras cosas, está en la pseudo-correspondencia con el alemán «Bewusst»: *zielbewusst*, *Bewusstsein*, etc. No puede traducirse simplemente por «consciencia/consciente». *Soznanie*, se afirma en un estudio sobre los iconos religiosos en Rusia, es «conocer-con» (Anthony Ugolnik, *The Illuminating Icon*, William B. Eerdmans, Grand Rapids —Michigan—, 1989, p. 165). Lars T.



Lenin y Bogdanov durante una visita a Maxim Gorky. Capri (Italia), abril de 1908 (Foto: autoría desconocida, dominio público).

todo caso, diría Lenin, independientemente de en qué lengua lo definamos, el hogar «natural» para este tipo de trabajadores era el partido revolucionario —la social democracia— y la tarea de este último era tanto acogerles como lograr que hicieran suya esta tarea heroica de la que serían individual y colectivamente protagonistas^[19].

Hablar de «natural» aquí, nos lleva a otro concepto problemático en Lenin, el de *stikhiinyi*, habitualmente traducido como «espontaneidad». Una vez más, las nuevas traducciones complican el problema, pero también dan una imagen menos «geométrica» de Lenin. Entre 1901 y 1905 se han recopilado los siguientes significados para *stikhiinyi/stikhiinost*: desorganizado, sin resolutivez —como un movimiento de

huelgas sin estructura organizativa a largo plazo—; impulsos colectivos masivos e impredecibles que pueden desencadenar una revolución; un movimiento de trabajadores que, sin haberse producido una fusión efectiva con la Social Democracia, carece tanto de determinación y resolutivez como de *soznanie* socialista; un impulso de masas imparable y amplio; las formas organizativas más «elementales» o básicas; las circunstancias objetivas; los *praktik* que carecen de preparación, experiencia o formación; la repetición de lemas vacuos por no ajustarse a las circunstancias concretas; movimientos de trabajadores excluyentes de toda táctica de alianzas; el seguidismo ciego a intelectuales que actúan y escriben desde su incapacidad para trabajar en el movimiento obrero; el impulso y fuerza política de las masas que así se despiertan y pueden ser impulsadas ulteriormente por los líderes y revolucionarios «profesionales», y desbordarlos si no son capaces de dar a estas masas las estructuras, consignas

Lih, op. cit., pp. 336 y ss., propone olvidar o limitar el uso del término «conciencia» (en el sentido de que apunta a dos palabras muy diferentes en ruso, que Lenin y los Social Demócratas combinaban, pero considerándolas precisamente *diferentes*): *soznanie* y *soznatel'nyi*.

19.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, p. 342.

y soluciones que demandan.

Dicho de otro modo: con todos estos matices, tendencias y potencialidades de todo signo y condición, si se produce un liderazgo y hegemonía Social Demócrata efectivos, un despertar *stikhiinyi* de las masas ofrecería una posibilidad real revolucionaria. Así, la cuestión no es tanto qué posición mantuvo Lenin respecto a la «espontaneidad» (que es sólo una traducción parcial, y por tanto deberíamos decir *stikhiinost*), si estaba en contra o a favor, sino qué significaba el carácter múltiple de los movimientos entre las masas trabajadoras para las posibilidades de intervención revolucionaria de los trabajadores organizados^[20].

Esa «intervención», por tanto, ¿debía consistir en «alejar» o «impedir» que el movimiento de los trabajadores cayera en ese tipo de acciones, o siguiera «el camino marcado» por las circunstancias objetivas? Hemos visto que también esta pregunta ha quedado invalidada, pues si no puede entenderse un sentido unívoco de *stikhiinost*, no hay algo único a lo que enfrentarse o de lo que «desviarse». Puede ser que la enseñanza de Lassalle, el «combate contra la espontaneidad», deba ser tenida en cuenta, pero en muchas otras ocasiones lo que se entienda por «espontaneidad» puede ser la fuerza misma que dota de efectividad política al movimiento^[21]. En el ascenso por la montaña, los senderos pueden variar. Por lo general, van en la dirección deseada, pero nunca garantizan la llegada a la cima, y en muchos casos alejan de ella. La cuestión es tener la preparación y organización necesaria para ser capaces de seguirlos cuando guían efectivamente el ascenso, e ignorarlos cuando la opción más inteligente es abrir otra senda. En este último caso, por cierto, ese instrumento que guía al viajero

«desde afuera», el mapa, pierde validez.

El último elemento problemático para el montañista revolucionario es precisamente ese, la cuestión de la «conciencia desde afuera». Y el término crucial esta vez es alemán, Erfüllen. Entró, por obra de Victor Adler y con la aprobación de Kautsky, en el programa del partido Social Demócrata de Austria, en su Congreso de Hainfeld de 1888-1889: «organizar al proletariado políticamente, y introducir/imbuirle/dotarlo [erfüllen] de la conciencia de su posición y tarea». Las dudas de Kautsky surgieron a raíz de que pudiera interpretarse que el crecimiento de esa «conciencia» proletaria fuera un resultado necesario de la lucha de clases.^[22] Aquí, las críticas de Vladimir Akimov en 1904 han jugado un papel histórico mayor del que se cree, distorsionando la posición de Lenin, y creando divisiones entre (su) Kautsky (el «Kautsky-pre-traición» al que Lenin nunca dejó de remitirse) y Lenin. En primer lugar, la posición más aproximada a la de Kautsky no es que los «intelectuales burgueses traen el mensaje a la clase obrera desde fuera», sino «los proletarios Social Demócratas traen el mensaje al movimiento de los trabajadores desde fuera». Lenin estaría de acuerdo en que el papel central es el de los «proletarios que destacan por su desarrollo teórico». Lenin no quería decir (en *¿Qué hacer?* y las reacciones posteriores) que los obreros de por sí no puedan tener «conciencia Social Demócrata», sino que en diversas movilizaciones heroicas y *stikhiinyi* no pudieron tenerla, como en las huelgas de la década de 1890. Por otro lado, hay que advertir del habitual solapamiento que se ha realizado entre esta cuestión, la doble naturaleza clandestina y abierta del partido, y el «profesionalismo» de los *praktik*. Lenin no utiliza el término (y otros similares) para pedir «menos demo-

20.—Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered*, pp. 625-627.

21.—*Ibid.*, pp. 628-631, y p. 353.

22.—*Ibid.*, pp. 632-636.

cracia y más elitismo, sino para combatir lo que consideraba un amateurismo torpe del movimiento», además de poner orden en la construcción de un movimiento que para Lenin debía inspirarse, (la famosa *konspiratsiia*) en la experiencia clandestina del SPD, pero sabiendo ir más allá, preservando «toda una serie de hilos hacia la masa» de trabajadores, sin dejar de concebir la estructura clandestina no como la sede de una élite conspirativa, sino como garantía y «espacio para una política abierta» en condiciones de persecución policial^[23].

La cuestión, una vez más, tiene que ver con la capacidad y efectividad de la organización de todos los trabajadores, dentro de los cuales los social demócratas deben ejercer un papel hegemónico. O en palabras de Lenin:

«La conciencia política de clase puede llevarse al trabajador sólo desde fuera, es decir, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones de los obreros con los patronos. La única esfera de que se pueden extraer esos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y sectores sociales con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí. Por eso, a la pregunta de qué hacen para dotar de conocimientos políticos a los obreros no se puede dar únicamente la respuesta con que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados a la labor práctica [*praktik*], sin hablar ya de quienes, entre ellos, son propensos al «economismo», a saber: «Hay que ir a los obreros». Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la po-

blación, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército^[24]».

La tarea de los marxistas revolucionarios es siempre colectiva. El sendero se desbroza desde el saber acumulado por todo el movimiento de los trabajadores. En este sentido, con una fórmula del Lenin que tras 1905 se replantea su cercanía a Plejanov en lo filosófico^[25], podríamos decir que la tarea de los *praktik* es la de ejercer de espejo de la situación real del movimiento; un reflejo interno en el que el movimiento de los trabajadores pueda percibirse a sí mismo en las relaciones socioeconómicas nacionales e internacionales, y por tanto, como socialista; esta imagen a su vez resitúa dentro del régimen político imperante al proletariado en su conjunto. Sólo en conjunto las clases trabajadoras pueden verse como son; y sólo viéndose como única fuerza revolucionaria de masas, todas ellas podrán derribar el capitalismo. Por ello, convirtiéndola en teoría revolucionaria, la concepción de los «círculos de conciencia» de Kautsky acaba siendo, en manos de Lenin, una teoría del autoreconocimiento de las clases trabajadoras como socialismo en marcha. Por esto mismo, Lenin haría siempre hincapié en el mayor instrumento que tiene una sociedad para verse reflejada: el periodismo.

Pero llegados hasta aquí, quizás haya que ajustar algunas cuentas con la bibliografía.

24.- *ibid.*

25.- Comparto la insinuación de Stathis Kouvelakis («Una reacción similar ya había llevado a Lenin al terreno de la filosofía con *Materialismo y empiriocriticismo*, una reacción a la derrotada revolución de 1905 en un *Kampfplatz* filosófico») de que, en una forma filosófica todavía *primitiva*, esa primera incursión filosófica se corresponde también a una toma de distancia política. Si la «teoría del reflejo» era todavía demasiado *plejanoviana*, su aplicación (implícita) a la concepción revolucionaria socialista sí es un síntoma de que se estaba preparando una ruptura política. V. Stathis Kouvelakis, «Lenin como lector de Hegel», en *Lenin reactivado*, Akal, Madrid, 2010, pp. 159-196.

23.- Lars T. Lih, op. cit., pp. 433-449 (el segundo entrecuadrado, sobre los «hilos», es una cita directa de Lenin -p. 438) y «Scotching the myths about Lenin's 'What is to be done'», en *International Journal of socialist renewal*, 21 de octubre de 2010.

Más arriba, cuando citábamos la guía de viaje que utilizaban Lenin y Krupskaya, dejamos deliberadamente la cita incompleta. La visita-homenaje está más que justificada en términos literarios, históricos, «románticos». Incluso, en cierto modo, puede entenderse como un pequeño homenaje, del aspirante (Lenin) al revolucionario consagrado por la historia (Byron). O como un homenaje, tanto al Bonivard «real» como al de la ficción, ambos rebeldes derrotados y desterrados de la historia. Pero también es cierto que Byron y Lenin están tan lejos, digamos, políticamente (o en sus dos cosmovisiones románticas sobre el lugar destinado al héroe revolucionario), que cabe, por seguridad, hacer una comprobación. ¿Realmente fue este el motivo de la visita?

Parece que no hay bases para afirmarlo^[26], y es sólo una elección probable, de entre otros nombres igualmente interesantes para Lenin. Volvamos a aquella página 275 de la guía, en la que describía el Castillo de Chillon, y encontraremos otros nombres tan revolucionarios como el de Byron:

«Es un hecho histórico que en 830 Louis le Débonnaire encarceló al Abad Wala de Corvey, que había instigado a sus hijos a la rebelión, en un castillo del que sólo podían verse el cielo, los Alpes y el lago Lemman [...]. Los sólidos pilares de las bóvedas son de estilo románico [...] Los Condes de Saboya a menudo residieron en el castillo, y después este se convirtió en una prisión estatal. —Se produce un hermoso efecto por los rayos del sol al atardecer, a través de los resquicios de estos sombríos muros, iluminados ahora por dos pequeñas lámparas

26.—Helen Rappaport o Carter Elwood afirman sin más que la visita era un «homenaje a Byron», pero no hay constancia en la correspondencia, ni tampoco en la monumental *Biograficheskaja khronika* (que Elwood ha analizado en profundidad y que, de existir esa referencia a Byron, habría citado).



Nadezhda Krupskaya hacia 1895 (Foto: autoría desconocida, dominio público).

eléctricas. Entre los nombres [inscritos] en los pilares están aquellos de Byron, Eugène Sue, George Sand, y Victor Hugo».

¿A quién de ellos homenajeaban nuestros excursionistas? La pregunta queda abierta, aunque parece más factible pensar en un homenaje colectivo.

Ascensiones, álgebras e incógnitas

En sus diversas excursiones, a lo largo de los años, Lenin y Krupskaya ascendieron montes y montañas, como los Rochers de Neye, el Paso de Gemmi o Les Diablerets; a veces hasta acabar con un insoportable «dolor de piernas, y agotados»^[27]; muchas,

27.—Krupskaya, en V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, (Moscú, 1958–65, vol. 55, p. 500, n. 231), cit. en Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres,

como al escalar los 2122 metros del monte Pilatus, con la satisfacción de «obtener un excelente descanso»^[28] de la tensa cotidianidad del exilio o la lucha en plena revolución. Para la pareja, la preocupación por el «aire» parece casi una constante: en Siberia, Lenin apreciaba unas zonas más que otras, no tanto por la mayor temperatura, sino porque «el aire era más suave»^[29]. En el exilio en Suiza, el montañismo era sobre todo una manera de «respirar el fresco aire del verano», y más adelante, descansando en una dacha rusa, comentará de ella que tiene «un aire excelente ... ¡pura Suiza!»^[30]. Las referencias al aire puro abundan en las postales de vacaciones; al fin y al cabo, eran la prescripción médica para el problema de tiroides de Nadezhda. Pero también para la revolución.

Una y otra vez Lenin repetirá la necesidad para los social demócratas rusos (y por tanto, más adelante, los comunistas) de conquistar el «aire» que suponen las «libertades políticas». Sin estas, decía en 1903, «cualquier forma de representación [de los trabajadores] se convertirá en un bochornoso fraude; el proletariado seguirá encadenado [como antes, en prisión], sin la luz, el aire y el horizonte necesarios para po-

der luchar por su plena emancipación»^[31]; además, el aire, la libertad, también tienen un relativo espacio en lo interno: «no hay que pensar que las organizaciones del partido deben estar integradas sólo por revolucionarios profesionales. Necesitamos las más diversas organizaciones de todo tipo, desde las más restringidas y conspirativas hasta las más amplias y libres»^[32]. La metáfora, que aparece ya en Engels^[33] y le llega a Lenin a través de Kautsky, tiene que ver también con «el principio democrático» que aparecerá en numerosos artículos, con mayor intensidad entre 1900-1915.^[34]

El «aire fresco» —sugiere la metáfora en otro de sus usos— indica una renovación, la contemplación de viejos problemas desde nuevas perspectivas. En la tradición literaria y filosófica, el ascenso de la montaña connota grandes revelaciones o decepciones: así Petrarca, subiendo el Monte Ventoso en absorta lectura de las Confesiones de San Agustín; o Hegel, que llenó su Diario de viaje por los Alpes berneses de quejas y lamentos. Aparte de ironizar sobre la supues-

2011, p. 144. Elwood se basa en la quinta edición de estas «obras completas». Para una discusión sobre los detalles y omisiones, véase R. C. Elwood [sic] *How Complete is Lenin's Polnoe Sobranie Sochinenii?* en *Slavic Review*, vol. 38, n. 1, marzo de 1979, pp. 97-105. No es un detalle menor la discusión de este artículo. La magnitud y detalle de estas obras completas supuso que de edición en edición desaparecieran o reemergieran, cartas que ponían cuestiones políticas en juego, por ejemplo (p. 100) en la correspondencia con Inessa Armand, cuestiones referentes al nacionalismo ucraniano o el feminismo.

28.—Carta de Lenin a Gorky, aprox. 9 de mayo de 1913, cit. en Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 143.

29.—Helen Rappaport, *Conspirator. Lenin in exile*, Basic Books, Nueva York, 2010, p. 20.

30.—Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 122 y 148.

31.—Lenin, «La era de las reformas», *Iskra*, num. 46, 15 de agosto de 1903 (corchetes míos, con las variantes propuestas por Lars T. Lih en varias traducciones), en *Obras Completas*, tomo VI, Akal, Madrid, 1977, p. 580.

32.—Lenin, «Discursos e intervenciones en la discusión de los estatutos del partido», 15 de agosto de 1903, en *Obras Completas*, tomo VI, Akal, Madrid, 1977, p. 547. Es significativo que Lenin emplee deliberadamente la expresión alemana «lose Organisationen»: pese al progresivo distanciamiento, sigue existiendo el referente del SPD.

33.—Carta a Kautsky del 7 de febrero de 1882, en *Marx-Engels Werke*, Band 35, Dietz Verlag, Berlín, p. 270; y *Die preussische Militärfrage un die deutsche Arbeiterpartei*, de 1865, en *ibid.*, Band 16.

34.—El concepto aparece también, y con asiduidad, en los textos relativos a la cuestión del derecho de autodeterminación de los pueblos. Por ejemplo, en su polémica con Karl Radek [alias «Parabellum»] respecto a lo que este último consideraba la «ilusoria lucha por el inexistente derecho de autodeterminación», y en varios puntos de sus tesis sobre esta cuestión; v. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXIII, Akal, 1977, p. 43, y pp. 241-256, y tomo XX, p. 334-345.

ta épica del ascenso, que tanto había aterrorizado al oligarca de Berna, Christoph Meiners, (Qué torpe resultó el señor Meiners / nunca sabrá escalar / empresa similar, si hay otra ocasión / por favor, déjela estar), Hegel volvió de su excursión sintiendo tanta molestia como indiferencia. El paisaje montañoso, «este desierto de piedras», no le pareció «ni grandioso ni placentero», y si en algún momento superaba «la pura necesidad inerme», era en sus cascadas. No hay en las alturas contingencia, inquietud del ser, sino pura necesidad. «Sólo el mineralogista», dirá Hegel, podrá encontrar «la revolución en estas montañas»^[35].

El Hegel cercano a la treintena buscaba la revolución en las montañas; Lenin escapaba de ella por unos días, aunque sin éxito. Tras alcanzar la cima, volvía a pensar en sus disputas con los mencheviques, a lo que el resto de excursionistas replicaban pidiéndole que «no estropeará el paisaje con la política»^[36]. En esto Lenin ya estaba siendo hegeliano antes de leer al filósofo alemán; será lejos de la altitud alpina y su necesidad inerme, en los parajes más bajos de la contingencia, donde Lenin vuelva a reencontrarse con la inspiración revolucionaria. Lo hará poco tiempo después de escalar los 2122 metros del monte Pilatus, y tras el descenso, desaparecer completamente durante 16 días.

En los registros^[37], a día de hoy, no hay todavía pruebas documentales sobre lo que ocurrió entre la conferencia que dio en Ginebra, a comienzos de octubre, y su llegada a París el 18 de octubre de 1911. Para la práctica totalidad de la vida de Lenin sa-

bemos qué hizo, o dónde se encontraba, o a veces qué comió, cenó o leyó en un día determinado. Sin embargo, de esos días sólo sabemos que quizás pudo encontrarse con alguien a quien —en una carta a Kamenev— llama «el ciudadano incógnito»^[38]. Se ha dicho mucho sobre este personaje desconocido: que no lo era tanto, que podría ser Inessa Armand^[39] o algún corresponsal clandestino del partido. Pero dadas las pruebas de que disponemos, se podría sostener igualmente que su encuentro fue con el difunto Alexander Herzen, aquel cuya «álgebra de la revolución» Plejanov había convertido en «álgebra de la evolución».

Al margen de especulaciones sobre un encuentro del que no sabemos nada, lo que este vacío señala, a nivel teórico-práctico, es un momento de impasse. En las diversas reconstrucciones del pensamiento de Lenin el corte definitivo se desplaza dos años atrás o adelante, pero en todo caso se describe como un vacío que señala la irrupción algo nuevo, ya sea la importancia de la decisión frente al cálculo, el rupturismo revolucionario, «la revolución contra el Capital», o la ruptura definitiva con la socialdemocracia de la II Internacional. Pero no son pocos los que señalan los años (1909-1914) en cuyo centro están estos 16 días, como los años de la ruptura teórica (y de hecho filosófica) con ciertas convicciones —repito, teóricas^[40]— pasadas.

38.—Carta de Lenin a Kamenev del 21 de septiembre de 1911, y del 7 de octubre de 1911, en V. I. Lenin, *Neizvestnye dokumenty, 1891–1922*, Moscú, 1999, pp. 92 y 95-96 (cit. en C. Elwood, op. cit., p. 144).

39.—Cfr. el capítulo «Lenin and Armand: New Evidence on an Old affair» en Elwood, C., op. cit., pp. 111-125.

40.—Lih insiste una y otra vez en que Lenin nunca consideró que se hubiera dado una ruptura en su visión política fundamental: «no necesitamos probar que las condiciones objetivas en Europa occidental están listas para una revolución socialista; esto se admitía ya antes de la guerra por todos los socialistas influyentes en todos los países avanzados», cit. en Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion

35.—G. W. F. Hegel, *Reisetagebuch Hegels durch die Berner Oberalpen* (1796), en *Hegel's Werke*, Verlag von Duncker und Humblot, Berlín, 1844, pp. 470-490.

36.—Helen Rappaport, *Conspirator. Lenin in exile*, Basic Books, Nueva York, 2010, pp. 108-109

37.—Esto es, en la monumental *Biograficheskaja Khronika* —véase supra, notas 26 y 27.

Esos días de «desaparición» se repiten más adelante, atenuados, en los meses de recogimiento en una biblioteca de Berna, desde septiembre de 1914. En ellos Lenin prepara el manuscrito de más de 800 folios sobre el imperialismo, el «Cuaderno azul» sobre el Estado, y los primeros borradores de lo que mucho más tarde sería «El Estado y la revolución»^[41]. Pero sobre todo, o quizás antes de todo, sus extensos apuntes de lecturas filosóficas, y en el centro de ellos, su lectura de Hegel. Una lectura presidida, obviamente, por «los horrores de la traición realizada por los dirigentes actuales del socialismo»^[42] y por la intuición de que había una errónea lectura del marxismo en la base de esos y otros «horrores». Entre otras cosas, un vínculo entre el quietismo político y el evolucionismo pretendidamente materialista desarrollado desde Mehring y Plejanov hasta Bernstein^[43] y Kautsky. La sospecha sugerida en la expresión «pretendido materialismo» ya está en el artículo para la enciclopedia Granat, en el que Lenin repite dos nociones: «materialismo vulgar», y «viejo materialismo». Estos habían sido demasiado «mecánicos», a-históricos y a-dialécticos, ajenos al «punto de vista del desarrollo». Habían obviado el carácter socialmente totalizado y mediado de la esencia humana, y se habrían limitado solamente a interpretar el mundo, también en su concepción metodológica: dicho en términos actuales, una praxeología sin praxis. El «viejo materialismo» había olvidado el componente práctico en la comprensión materialista y dialéctica del mundo: «esto

es, no comprendían la importancia de la actividad práctica revolucionaria», también para el momento de la teoría^[44]. La «inversión materialista» que Marx habría hecho de Hegel, no habría consistido en primar el ser (social) sobre el pensamiento, sino en mostrar el modo en que el despliegue subjetivo del concepto hegeliano es un reflejo «idealista» de la práctica revolucionaria: la transformación de la realidad es el despliegue del sujeto revolucionario. Así, Lenin va comprobando cómo se disuelven también preconcepciones caducas sobre la propia dialéctica: no hay método fuera del sistema, ni conceptos fuera de «las formas de vida».

Como decíamos antes, hay una pervivencia del concepto de «reflejo» también en el Lenin posterior a la lectura de Hegel, sólo que este ha quedado «dialectizado»; el reflejo no es «una copia de la realidad externa, sino el momento de mediación, de lo negativo»^[45]. La famosa «teoría del reflejo», por tanto, se acerca cada vez más a la doctrina hegeliana de la reflexión, y se vincula al proceso de autodeterminación de la realidad efectiva misma. Un proceso de «automovimiento», por cierto, que no está exento de negatividad, de disrupción y discontinuidad, que alcanza a todo el sistema, lo hiere de muerte, y por ello mismo lo pone en movimiento. «*Bien dit!*», anotaba Lenin al leer las hegelianas Lecciones de historia de la filosofía: «dialéctica es destrucción de sí mismo dentro de sí». Cincuenta años antes que Theodor W. Adorno, Lenin lo veía claro: «¡Hegel contra lo absoluto! He aquí un germen de materialismo dialéctico!»^[46].

El «concepto de ley» queda tocado casi

Books, Londres, 2011, p. 125.

41.- Cfr. Kouvelakis, S., «Lenin, lector de Hegel», en Budgen, S., Zizek, S. (eds), *Lenin reactivado: Hacia una política de la verdad*, pp. 159-196.

42.- Lenin, «La guerra europea y el socialismo internacional», cit. en Kouvelakis, op. cit., p. 165.

43.- Cfr. Tamás Krausz, *Reconstructing Lenin*, Monthly Review Press, Nueva York, 2015, pp. 145-147.

44.- Lenin («V. Ilyin»), *Karl Marx*, (Enciclopedia Granat, séptima edición, vol. 28), en Lenin, *Collected Works*, vol. 21, Moscú, 1974, pp. 43-91.

45.- Kouvelakis, S., op. cit., pp. 179-180.

46.- Lenin, *Cuadernos filosóficos*, Editora política, La Habana, 1964, pp. 291-292

desde las primeras anotaciones, y Lenin se posiciona, con Hegel, en contra de hacerlo absoluto, en contra de su simplificación, en contra de «convertirlo en un fetiche»^[47]. Por supuesto, el «viejo materialismo» no podría salir indemne, como tampoco sus defensores. Contra ellos, tras el «horror» de su postura respecto a la guerra, el vínculo teórico de esta reflexión «filosófica» desembocará, primero, en lo que se llamará el «derrotismo revolucionario»: la transformación de la guerra imperialista en revoluciones de liberación nacional y obrera, y la capacidad de cada uno de estos procesos «individuales» para trasladar sus antagonismos particulares de vuelta al centro; esto es «la comprensión de la guerra como un *processus* antagonista y no como un clásico conflicto entre Estados»^[48]. El segundo golpe, como se verá en las Cartas desde lejos y las Tesis de abril^[49], consistirá en la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución proletaria, contra el «etapismo» de los marxistas rusos, comenzando por Plejanov y llegando hasta bolcheviques como Shliapnikov, ya en marzo de 1917: «estamos de acuerdo con los mencheviques en que pasamos por el periodo del derrumbe de las relaciones feudales, y que en su lugar aparecerán todo tipo de libertades propias de los regímenes burgueses»^[50]. Una reacción, esta última, que nos puede parecer sorprendente, pero forma parte de los restos de aquello que ya Lenin había calificado entonces como «viejo bolchevismo»^[51].

47.—Lenin, *Cuadernos filosóficos*, Editora política, La Habana, 1964, p. 144.

48.—Kouvelakis, S., op. cit., pp. 195.

49.—Para el paso de la lectura de Hegel a las *Tesis de abril*, cfr. el clásico resumen de Michael Löwy, «From the «Logic» of Hegel to the Finland Station in Petrograd», en *Critique: Journal of Socialist Theory*, 6:1, pp. 5-15.

50.—Citado en Michael Löwy, *ibid.*

51.—Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011, p. 84.

De la habitación 12A a la cabaña de Razliv

Para la pareja de «excursionistas», el aire puro de la montaña fue siempre una necesidad fisiológica. Los años de cárceles y destierro Siberiano, como hemos mencionado antes, habían tocado la salud de ambos, pero especialmente la de Krupskaya, a la que el médico prescribía el cambio de aires, entre otras cosas, para aliviar su enfermedad tiroidea. De modo que en el verano de 1915, la base expedicionaria se situaba en el Hotel Mariental de Sörenberg, una localidad alpina a 80 kilómetros de Berna. Y la sala central, en la habitación 12A, donde el teléfono sonaba, trayendo las noticias políticas más urgentes, siempre a las 8:30 de la mañana, y el correo traía «puntualmente» los libros encargados a diversas bibliotecas suizas. De las tardes de montañismo y senderismo pueden anotarse a cuenta de la pareja unas cuantas escaladas del Brienz Rothorn, de 2350 metros, y varios escándalos públicos: las maledicencias de los vecinos más píos al contar no una, sino tres mujeres en compañía del «ruso con la barba puntiaguda» (Krupskaya, Stahl y Armand), y la persecución sufrida por Lenin a manos de un funcionario de Lucerna, bastón en mano: el ruso había sido descubierto bañándose desnudo en las aguas del río^[52].

Pero el paréntesis, los pocos momentos de relajación, no abundan en la vida de Lenin. Tras las traiciones acumuladas desde el estallido de la guerra, la mayor había sido no estratégica, ni teórica, sino una traición mucho más explícita, casi personal: los líderes socialistas europeos y rusos habían traicionado sus propios acuerdos. Entre ellos, la declaración del Congreso de Basilea, de 1912: «utilizar la crisis económica

52.—Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 149.

y política creada por la guerra para alzar a las masas y con ello acelerar el derrumbe del dominio de la clase capitalista»^[53]. Al acabar el verano de 1915, en Zimmerwald, donde se reunieron los socialistas críticos con aquellos «horrores», los debates no fueron tan fáciles para Lenin como podría esperarse; demasiada poca dureza con los socialistas belicistas, y una solución demasiado abstracta: un pacifismo que no cortaba de raíz las razones últimas de la guerra imperialista. Esto es, un pacifismo sin socialismo. De ahí surgiría la izquierda de Zimmerwald, cuyas posibilidades de triunfo Lenin cifraba en términos tan hegelianos como los de sus apuntes; las fuerzas con las que contaban podrían ser «los holandeses, más los alemanes de izquierdas, más nosotros, más cero», pero añadía: «eso no importa, porque el cero, después, será todo el mundo»^[54].

Y la consigna resume bastante de lo que era el plan estratégico, también en retrospectiva (o cómo 1905 demostraba más cosas de lo que parecía): «Es deber del proletariado en Rusia completar [hasta el final] la revolución democrático-burguesa en Rusia, con el fin de encender la revolución socialista en Europa ... No cabe duda alguna de que la victoria del proletariado en Rusia crearía condiciones extraordinariamente favorables para el desarrollo de la revolución en Asia y en Europa. Así lo demostró inclusive el año 1905»^[55]. Esta última nota da el tono «dialéctico» preciso: el entramado capitalista-imperialista europeo había

demostrado ya cómo las perturbaciones en cualquiera de sus estructuras, por lejanas (y «burguesas») que fueran geográficamente, podían alcanzar el centro y reenviar esas reverberaciones de vuelta a todo el sistema.

La última escalada del Rothorn en 1915, relató años después Krupskaya, también tuvo un carácter terapéutico: «Ilych repentinamente se tumbó en el suelo, y casi inmediatamente se durmió, sobre la nieve. ... Durmió durante una hora. Zimmerwald lo había agotado»^[56].

Efectivamente, había llegado el momento no de ascender, sino de tomar el sendero de bajada, y adentrarse en los laberintos del bosque al pie de la montaña. Como dijera Zinoviev en 1917, era el momento de que «la verdad sobre la guerra, sobre el zar, sobre la egoísta burguesía, alcance finalmente a la aislada aldea rusa, enterrada bajo montañas de nieve»^[57]. Y pese al discutible final, este diálogo epistolar resume parte de lo que sí ocurrió en el lento camino hacia la revolución de Octubre: «¡Ojalá que esta verdad penetrara en las filas del ejército ruso, que en su mayor parte se compone de campesinos! Entonces, la heroica clase obrera rusa, con el apoyo de los elementos más pobres de la clase campesina, finalmente libraría a nuestro país de la vergüenza de la monarquía y la lleve con mano segura hacia una alianza con el proletariado socialista de todo el mundo»^[58].

No hay espacio aquí para desbrozar toda la sinuosa senda, los forcejeos, pasos adelante y atrás, mediante los cuales, hasta la primera mitad de 1917, soldados, campesinos y trabajadores rusos fueron haciendo

53.-Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011, p. 126.

54.-Lenin, Carta a Radek de junio de 1915, cit. en Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011, p. 129.

55.-Lenin, «Algunas tesis», en *Obras Completas*, tomo XXIII, Akal, Madrid, 1977, pp. 33-35. Cursivas de Lenin y en corchetes una corrección de Lars T. Lih a la traducción (*ibid.*, p. 130), en este caso sutil, pero interesante.

56.-Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin*, Anthem Press, Londres, 2011, p. 150.

57.-Carta de Zinoviev del 31 de enero de 1917, en N. Lévine y G. Zinoviev, *Contre le Courant*, vol. 2., trad. V. Serge y Parijanine (ed. facsímil de Francis Maspero, París, 1970), p. 112, cit. en Lih, *ibid.*, p. 131.

58.-*ibid.*

suya esa verdad. En cierto modo, el plan «erfurtiano» de Lenin, en su esquema más elemental, se había logrado desplegar, en todas sus contradicciones, en todos sus avances.

El jueves 6 de julio de 1917, en un apartamento del distrito de Vyborg en San Petersburgo, la dirección bolchevique barajaba, tras la renuncia de eseristas y mencheviques a aceptar el poder que estaba a su alcance por demanda popular, superar la consigna de «Todo el Poder para los Soviets». Lenin se había impuesto momentáneamente: el lema debía ser, por fin, «¡Todo el poder para el proletariado, liderado por su partido revolucionario: los bolcheviques»^[59]. Eran momentos de especial peligro. Al día siguiente ya había una orden de detención, y redadas en toda la ciudad. Pronto, para los amigos y familiares de Lenin —el supuesto «espía alemán»: este era el falso rumor que la prensa ultraderechista había logrado difundir— se hacía urgente una huida. De casa en casa, de disfraz en disfraz, hasta el 9 de julio; sin barba, pero con un cuaderno azul de notas que en el peor de los casos tendría que convertirse en su testamento. En la madrugada del día siguiente, a las 2 de la mañana, Lenin y Zinoviev partían en tren hacia Razliv, un pueblo en las afueras. Allí permanecería hasta el 8 de agosto^[60]. Una vez más, Lenin tuvo que atravesar, en compañía, bosques, maleza y montes, hasta un lago.

En una cabaña, «con un tocón de árbol como mesa y otro a modo de silla», y «mártir de los implacables mosquitos y de la lluvia», Lenin redactaría la mayor parte del borrador final de su libro sobre «el marxismo y el Estado», que acabaría unas semanas después, sobre el escritorio de un comisario de



Lenin en agosto de 1917 durante su estancia en Razliv, a las afueras de San Petersburgo (Foto Dimitri Leshcenko - AP).

policía finlandés, en Helsingfors^[61]. Un mes antes, el cuaderno había quedado atrás, en Estocolmo (posiblemente en manos de Alexander Shotman, a quien tocaba asistirle —y monitorizar sus movimientos— en nombre del Comité Central)^[62], y Lenin había escrito una angustiosa carta a Kamenev:

«Estrictamente entre nosotros. Si acaban conmigo, por favor, publicad mi cuaderno 'El Marxismo y el Estado' (se quedó en Estocolmo). Está encuadernado en tapa azul. Contiene una recopilación de citas de Marx y Engels, y también de Kautsky contra Pannekoek. Hay toda una serie de notas y comentarios. Creo que podría publicarse con una semana de trabajo. Pienso que es importante, porque no sólo Plejanov, sino que también Kautsky ha metido la pata. Una

59.—Miéville, C., *Octubre. La historia de la revolución rusa*, Akal, Madrid, 2017, p. 205

60.—Tamás Krausz, *Reconstructing Lenin*, Monthly Review Press, Nueva York, 2015, p. 66

61.—Miéville, C., *Octubre. La historia de la revolución rusa*, Akal, Madrid, 2017, p. 207 y p. 221.

62.—Tamás Krausz, *ibid.*

condición: ¡todo esto debe quedar absolutamente entre nosotros!»^[63].

Finalmente, el libro acabaría publicado. Partiendo de las disputas en 1916 con Bujarin acerca de la naturaleza de la superación del estado burgués, para ir después más allá de la teorización de este último (y la izquierda alemana) sobre la destrucción del «Estado imperialista», Lenin situaba ya el centro de la cuestión en los soviets de 1905. A partir de ellos, del trabajo político construido sobre el *vlast* (dirección efectiva, autoridad legítima, poder) del *narod* (pueblo, fuerzas populares)^[64] salir de la disyunción entre «la extinción» y la «destrucción del Estado»^[65]. El Estado, arguye Lenin entre la selva de citas de Marx y Engels, no es un cuerpo neutral de instituciones, sino que está estructuralmente diseñado para defender a la clase dominante; el proletariado debe quebrar y desmontar esta estructura, y si lo logra, organizar su propio Estado revolucionario. En él, conforme la producción se pone al servicio de la abrumadora mayoría, decae la necesidad misma de la existencia de Estado, y este finalmente se extinguirá. No el «Estado capitalista», que no se extingue sino que se derroca, sino el «Estado obrero»:

Y puesto que la mayoría del pueblo suprime ella misma a sus opresores, ¡ya no es necesaria una «fuerza especial» para su supresión» En este sentido, el Estado comienza a extinguirse. En lugar de las instituciones especiales de una minoría privilegiada ... la mayoría misma puede cumplir directamente todas estas funciones, y en la medida en que las funciones de poder estatal

son realizadas por el pueblo en su totalidad, menos necesidad hay para la existencia de este poder^[66].

Pero, si recordamos esa visión «total» y «mediada» que Lenin ha desarrollado durante todos los años anteriores, resulta «infantil» pensar que, integrada en la lucha europea y asiática por la emancipación y estando «toda la historia del bolchevismo ... llena de casos de maniobra, de acuerdos, de compromisos» también más allá de las fronteras, la estructura a «derribar» estaría aislada en un sólo país, en una sola región. Por eso se trata, se trataba, de una «guerra para derrumbar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja». Pero en esta guerra —se preguntó Lenin ya al final de su vida— «renunciar de antemano a toda maniobra, a toda utilización... del antagonismo de intereses existente entre los enemigos, a los acuerdos y compromisos con posibles aliados»,

¿No se parece esto al caso del que en una ascensión difícil a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta, renunciase de antemano a hacer zigzags, a desandar a veces lo andado, a abandonar la dirección elegida al principio, para probar otras direcciones?^[67]

63.—Lenin, «Note to L. B. Kamenev», en *Collected Works*, vol. 36, Progreso, Moscú, 1971, p. 454

64.—Cfr. Lars T. Lih, *Lenin (critical lives)*, Reaktion Books, Londres, 2011, pp. 135-138 y 184-185.

65.—Marian Sawyer, «The Genesis of the State and Revolution», *Socialist Register* 14, 1977, pp. 217-18.

66.—Lenin, *State and revolution*, trad. revisada por Todd Chretien, Haymarket Books, Chicago, 2014, p. 80

67.—Lenin, *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, en *Obras Completas*, vol. 41, Progreso, Moscú, 1986, p. 56.